

C A R T A

Á LA SEÑORA

DOÑA EMILIA PARDO BAZAN

ORDEN Y PROGRESO

VIVIR PARA LOS DEMAS: LA FAMILIA, LA PATRIA, LA HUMANIDAD

CARTA

Á LA SEÑORA

DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

POR

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE



SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA CERVANTES

CALLE DE LA BANDERA, NÚMERO 73

1889

AÑO 101º DE LA GRAN CRISIS

C A R T A

Á LA SEÑORA

DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN



Ilustre señora de todo mi respeto:

No creo que mirará V. como una inconveniencia la libertad que me tomo de dar esta respuesta pública á la epístola privada con que V. me favoreciera á causa de las alusiones á su digna persona contenidas en mi *Carta al señor don Juan Valera sobre la Religión de la Humanidad*. Me abstuve de inscribir su preclaro nombre en esas alusiones, porque mi profunda admiración por los talentos de V. iba mezclada de cierta acre censura por alguna parte de su vigorosa labor. Mejor hubiera sido, lo confieso, llamar á V. á la Religión de la Humanidad, sin hierirla con intempestiva y dura crítica. Pero tengo formado tal concepto de la firmeza de su carácter, de lo concienzudo de su alta mente y de la gran benevolencia de su corazón, que osé referirme á V. con una crudeza excepcional de pensamiento en mi anhelo de que fuera V. una santa y luminosa servidora de la fe

altruísta, como lo será seguramente, si llega á persuadirse de que á esa doctrina se hallan vinculados los verdaderos destinos de nuestra especie. Por ahora, desgraciadamente para la causa suprema, no converge V. hacia el Positivismo y está muy distante de creer á Augusto Comte el Maestro por excelencia. Así me lo declara V. de lleno, pero con delicados miramientos, en su noble y enérgica carta. Lo siento hondamente y no puedo conformarme con verla alejada de la Religión de la Humanidad y de su venerando fundador. Permítame, pues, rogarle que, aunque ya lo leyera hace algún tiempo, renueve al presente, en espíritu de altruismo, la lectura del *Sistema de Política Positiva*. Me queda una íntima esperanza de que al fin habrá de percibir V., si se resuelve á mirar con toda la intensidad de su alma privilegiada, que ese libro encierra la doctrina definitiva. Entonces reconocería V. en Augusto Comte al más grande de los hombres, seguiría devotamente sus sagradas enseñanzas y, proclamándose fiel discípula del Maestro eterno, sería una sublime doctora de la Religión de la Humanidad.

Con profundo sentido sociológico ha definido V. lo que es el grande hombre en su admirable libro *San Francisco de Asís, Siglo XIII*. «Es evidente, dice V., que el grande hombre está en relación de armonía con la atmósfera que respira y la edad en que nace... Nadie se tenga por independiente de su época, de su patria, de su raza y familia, de la enseñanza que ha recibido, de cuanto fué germen y alimento de su cuerpo y de su espíritu. Pero dependencia no equivale á esclavitud: las circunstancias influyen en el grande hombre sin coartar su albedrío; el grande hombre á su vez modifica

y causa circunstancias, sucesos é ideas: recíproca acción que importa tener en cuenta para interpretar rectamente la historia y la biografía.»—«El grande hombre, individuo eminente que representa una época, una idea, un pueblo, es clave de la historia. Hay siglos que se explican con pronunciar un nombre... Son las épocas tanto más grandes cuanto más hombres eminentes engendran; y la magnitud del grande hombre se mide, no tan sólo por lo que en sí valga, sino principalmente por los resultados de su acción, por el número de ideas que origina y comunica. Abarca el grande hombre los conceptos generales de su edad, mas los particulariza, los sella con su propia marca, al modo que Dante, comprendiendo en su poema las tradiciones de la musa antigua y de la musa popular, reuniendo y recogiendo aquí, y allí y doquiera los disociados elementos de su obra titánica, los unificó, y al escribir el libro más original é inimitable, reflejó en él, cual en claro espejo, toda la Edad Media.» Esta magistral pintura del grande hombre á nadie conviene tan propiamente como á Augusto Comte. Su nombre simbolizará nuestra época y hará de este siglo el siglo más glorioso de la Historia. La doble operación llevada á cabo por Augusto Comte, de haber transformado la ciencia en filosofía y la filosofía en religión, lo coloca por cima de todos los servidores de la Humanidad, constituyéndolo en la más alta encarnación de la sabiduría. Con este hombre maravilloso, fundador de la doctrina universal, queda fijada la éra suprema, que divide los tiempos en la edad de la preparación social, que ya terminó, y la edad de la sistematización social, que ha comenzado.

Pero Augusto Comte reúne, á su condición de ser el

más grande de los hombres, ese atributo sublime de la santidad que tanto realza á las naturalezas eminentes. De los grandes hombres de la Edad Media, ha dicho V. mi respetada señora, que son los mayores que hubo jamás, porque en su grandeza poseyeron también la santidad. Esta observación que resume, puede decirse, el espíritu de su obra sobre San Francisco de Asís, revela cuán verdadero concepto tiene V. de los mejores servidores del orden social. En perfecto acuerdo se halla V. á ese respecto con el Positivismo. Mas esta doctrina, autorizada con la excelsa santidad personal de su fundador, viene, nó á reproducir, sino á continuar en forma más perfecta y de un modo adecuado á la evolución que alcanza hoy nuestra especie, la altísima labor moral de la Edad Media. V. misma ha aseverado en alguna parte de su obra consabida, que los tiempos se desenvuelven sin repetirse. Y si bien se considera, el mundo ya no puede ir á la santidad por el catolicismo sino por el Positivismo. Aunque V. no acepte aún esta manera de ver, me parece que ha de arribar á ella con sólo dejarse llevar del levantado criterio que informa su libro religioso. Conoce V. á fondo la Edad Media y la admira, la venera y la idealiza; pero conoce V. también á fondo nuestra época, y sabe que es incompatible con el sentir y el pensar de aquel tiempo. Anhela V., no obstante, por algo que corresponda á la religiosidad de la Edad Media y que echa de menos en el gran desarrollo intelectual del presente. Eso lo hallará V. en Augusto Comte, en cuya sagrada doctrina puede entrar directamente y aposentarse para siempre desde su propio San Francisco de Asís. Nada creo que implique para V. el que allí esté eliminado el sobrenaturalismo, puesto que se establece que la santidad es

un hecho positivo del orden moral, cualesquiera que hayan sido las explicaciones de ella en el pasado.

Faltábanle á nuestra época la síntesis y la unción. Ambas dióselas Augusto Comte, fundando primero la filosofía positiva y luego la Religión de la Humanidad. Pocos todavía han adherido á esta última. Mas, no crea que ello provenga de insuficiencia de la doctrina. Jamás la hubo más completa, ni sublime. Lo que dificulta, sí, que se la acepte, son las arraigadas preocupaciones negativistas, el profundo espíritu de irreligión tan esparcido en nuestro tiempo. Y hablo á V. por experiencia personal. Yo me he mantenido durante años alejado de la Religión de la Humanidad. Encontrábale demasiada analogía con el catolicismo, y ello me chocaba altamente en mi calidad de emancipado de esa creencia de mi infancia. Sólo cuando recobré las disposiciones religiosas que había perdido me fué dado incorporarme en la fe altruista. Así es que, bien mirado, ha sido el católico en mí, pero sin teologismo, quien ha penetrado en la Religión de la Humanidad. Y por cierto que es mucho más hacedero pasar á una mejor creencia religiosa que ascender de la irreligión á la religión. Si tanto se prolonga el triunfo indispensable y salvador de la doctrina altruista, culpa es, sobre todo, de las funestas prevenciones antirreligiosas. Numerosos espíritus que erróneamente se creen en la vía del porvenir, no quieren oír hablar de religión y la miran como una aberración social ó, á lo sumo, como ya inútil andador del pasado, á pesar de que es una verdad sociológica demostrada por Augusto Comte, que sin ella no puede marchar el mundo. Eso sí que mientras más progresa la sociedad, más perfecta ha de ser la religión. De este concepto debieran

participar todas las nobles almas del catolicismo que se interesen por la suerte del género humano. No fuera justo que, por apego á la teología, desatendieran la religión, que es lo que importa conservar y enaltecer. Y volviéndose positivistas, lejos de romper con sus antecedentes católicos los desenvolverían, al contrario, solamente para ponerlos de acuerdo con la mentalidad de nuestro tiempo. Nadie sabría persuadir eso mejor que V., ilustre señora, si llega á comprobarlo en sí misma, lo que tiendo á suponer como lógicamente infalible. Tal es la noble fortaleza de su corazón y el alto vuelo de su espíritu, que su transformación de católica en positivista me parece, más que una halagueña esperanza mía, una santa y gloriosa predestinación de V.

Llamada está V. á ser una sacerdotisa de la fe altruísta, para convertir á ella multitud de almas. Pertenece V. á la familia excepcional de las mujeres doctoras que, fuera de la misión doméstica propia del sexo amante, suelen prestar servicios de gran trascendencia á la Humanidad. España ha poseído la más ilustre de todas en la incomparable Santa Teresa, á quien tanto admira V. Labor análoga á la de ella por lo generoso de la intención, pero mucho más fecunda en beneficios sociales puede efectuar V. dentro del Positivismo. En vez de quejarse, como ahora, de la extrema decadencia moral de nuestro tiempo, se consagraría V. entonces plenamente á la regeneración final del género humano. Cada palabra suya sería una voz de aliento para los débiles, de alegría para los tristes, de consejo para los descarriados, de esperanza para los pesimistas, de luz para los ciegos, de amor para todos. Esta es la obra verdaderamente digna de su grande alma. No en vano es V. una mujer

fuerte, verdadera hija de esa gloriosa España que ha engendrado tantas naturalezas eminentes. Todo lo que ha hecho V. hasta aquí por honrar á su Patria, sobraría para otra persona que no tuviera su alteza. Pero V. está obligada á mucho más. Es preciso que aspire á la santidad positiva y la obtenga por sus grandes servicios á la fe altruista. Sólo así habría llenado V. completamente su misión humana y honrado á España en la alta manera que á V. le corresponde. Fuera inverosímil, viéralo y no lo creyera, que viviendo en nuestro tiempo, quedara V. indiferente á la Religión de la Humanidad, cuando ha nacido para ser su abnegada é invencible defensora. Su ilustre Patria, la nación que en su noble y austero carácter, es la menos contaminada por el escepticismo y la anarquía, se halla sedienta de grandes convicciones, que le permitan desplegar su poderosa vitalidad. Déscelas V. predicando la fe altruista. Y al dirigirse á España, hablaría V. de suyo á todas sus hijas las repúblicas americanas, desde Méjico á Chile, donde es tan conocida y admirada como en su propia Patria. Ni los vastos dominios de la lengua castellana serían el único campo en que resonara su voz altruista. Al presente ya han ido más allá sus escritos, en fuerza sólo del talento. ¡Cuánto más lejos aún no irían y qué intenso y bendito no fuera su influjo, siendo luminosos intérpretes, verbo santo de la Religión de la Humanidad!

Desecha V. ahora, mi respetada señora, la finalidad moral del arte, por utilitaria. Á entender por utilidad lo que importa al bien de nuestra especie, sin duda que por tal idea deben hallarse dominados el arte, la ciencia y la industria. Trasponer esos límites sería, ó emplear infecundamente nuestras fuerzas, ó servirnos de ellas en prove-

cho individual con perjuicio de la sociedad. Si el antiguo concepto de que todo se funde en Dios, no pudo unificar nuestra existencia, á causa de la insoluble desconformidad de lo sobrenatural y lo natural, el nuevo concepto de que todo se funde en la Humanidad, obtiene plenamente esa unificación, como que cesan entonces las antinomías entre la fe y la ciencia, entre la moral y el arte, entre la Religión y la Política. Las tres manifestaciones fundamentales de nuestro sér, que tratan de conocer la realidad, de adaptarla al bien social y de dignificar la vida con el ideal, son convergentes y se hallan estrechamente relacionadas entre sí. Precisamente lo que constituye al arte en el sublime coronamiento del orden humano, es su misión de idealizar nuestro destino. En el curso de la Historia, nótese que los grandes artistas poseyeron un elevado sentido ético, pero relativo, por cierto, á la evolución de su tiempo. Todos ellos fueron maestros de moral á su manera, es decir, poniendo en acción sus consejos, personificando en hombres la virtud. Trataban naturalmente de realizar la belleza en sus obras, pero era para magnetizar con ella las almas en el bien. El poeta predilecto de V., el más excelso de todos, el Dante, fué también el más moralista. Su grandioso poema creyérase la obra de un altísimo legislador religioso. Hubo, no obstante, artistas que se extraviaron sin saberlo. Pero si bajo las doctrinas teológicas y metafísicas se dieron, á veces, no advirtiéndole sus autores, immoralidades estéticas, eso no sucederá bajo el Positivismo, que todo lo regla á la mayor gloria de la Humanidad. Quien produjere en la fe altruísta bellezas inmorales, sería, no ya inconscientemente sino de intento, un promotor del vicio. Puesto que el mal existe, lo que es demasiado evidente,

lejos de acrecentarlo con obras estéticas, hay que minarlo con ellas. El arte debe tender siempre á purificar y enaltecer la existencia humana.

Nos educamos imitando. Copiamos á nuestros padres, á nuestros maestros, á nuestros amigos y á nosotros mismos también, cuando renovamos estados de corazón y de espíritu por que pasamos. Identifícase nuestra alma con las estatuas y cuadros que contemplamos, con la música que escuchamos, con los caracteres y situaciones de los libros que leemos. El influjo del arte bajo cualquiera de sus formas sobre nosotros, es inevitable. Tenemos en potencia todos los vicios y todas las virtudes, que derivan de nuestras facultades egoístas y de nuestras facultades altruístas. Dado ese fondo común de la naturaleza humana, nadie podrá encontrarse con la obscenidad en una obra de arte sin experimentar malsana depresión. Mayor ó menor será esa nociva influencia según la índole de cada cual; pero salir completamente ileso no es creíble. Por la inversa, al hallarse con moralidades estéticas nuestra alma siente apagarse su egoísmo y encenderse su altruísmo, fortaleciéndose así santamente en esa pura atmósfera del arte virtuoso. No puede ya aceptarse este pensamiento de Goethe que V. me cita: «Si quieres acercarte al infinito marcha por todas las vías dentro de lo finito.» Tal concepto, revolucionario sobre metafísico, es producto de la época de crisis, de indisciplina y sin finalidad moral en que vivió el gran poeta. Pero si Goethe que tanto anheló por la síntesis y que murió exclamando «¡Luz, luz!» reviviera en nuestro tiempo, se hallaría gozosamente y con todo el esplendor de su genio dentro de la Religión de la Humanidad. Muchos pasajes de su *Wilhelm Meister* y el final de *Fausto*, sus

dos obras más profundas, me inducen especialmente á creerlo así con plena verosimilitud. Revélase allí Goethe aspirando intensamente á la disciplina religiosa de nuestra existencia. Él mismo llegó aún á condenar noblemente parte de su propia labor literaria, diciendo que no debió haber escrito algunas de sus obras. Por todo esto indudable es que su lema fuera ahora el positivista de subordinar incesantemente el egoísmo al altruísmo, y con mayor razón en las obras de arte, que son actos más conscientes que los de la conducta ordinaria de la vida. No cabe negar, por cierto, que sería más excusable dar por ligereza un mal paso, que elaborar detenidamente escultura, pintura, música ó poesía tendente á corromper almas.

La filiación espiritual de Augusto Comte no es la que V. ha creído notar, mi respetada señora. Podrá haber cierta analogía entre las ideas de Augusto Comte y las de Hegel, pero aquél no las ha tomado de éste, cuyos méritos acató sin embargo. Y todavía, aunque de allí le hubieran venido, el fundador del Positivismo las habría purificado de toda metafísica y dádoles tal desenvolvimiento, tal consistencia y tal fuerza imperativa y regeneradora, que, en la originalidad relativa de pensamiento to á que puede alcanzar el hombre, nadie le es comparable. Tampoco procede Augusto Comte de Saint-Simon, como se lo imaginan algunos, á causa de las relaciones que muy joven tuvo con él. En el fondo, la influencia que medió entre ellos fué precisamente á la inversa. El que un momento pasara por discípulo, ilustró más bien, antes que ser enseñado por él, al que hacía de maestro sin tener el efectivo valer de tal. Pero Augusto Comte se ha encargado él mismo de revelarnos la verdadera

filiación de sus meditaciones sobre el orden social, la que se halla, especialmente, en Condorcet y de Maistre. Estimulada su grande alma por la feliz combinación de esos dos ilustres pensadores, llegó al fin, después de las más profundas lucubraciones, á transformar la religión de teológica en sociológica. No hay suceso más trascendental que éste, ni servicio más alto hecho al género humano. El incessante luchar entre el sobrenaturalismo y el escepticismo que tan turbada traía á nuestra sociedad, verificándose hasta dentro de los mismos individuos, no tiene ya razón de ser. Las necesidades del corazón y las necesidades del espíritu que se encarnaban allí adversamente se hallan fundidas en eterna armonía con la Religión de la Humanidad. Cesó, pues, para siempre, gracias al sublime Maestro, el funesto dualismo del sentimiento y la inteligencia, del amor y el saber. Virtud y ciencia se hermanan para servir exclusivamente á la Humanidad. Toda nuestra existencia ha de encauzarse hacia un fin sociológico. Si antes lo fuera el amor á Dios, en adelante es el amor á la Humanidad la más alta razón de todos los deberes. El cielo, mundo extraterrestre, ideado con las aspiraciones generosas, aunque también con fuertes móviles de interés personal, viene á cimentarse en nuestro planeta, pero tomando un carácter tan puro como sublime, pues lo que se anhela únicamente es el eterno progreso, en virtud y en felicidad, de las generaciones que han de sucedernos. Nuestro destino completo se realiza aquí. Hijos todos de la Humanidad, debemos vivir para ella y morir en ella. Esa es la santidad definitiva. Las tendencias al sobrenaturalismo son incompatibles con la moral altruista. Cuando surjan, menester es sofocarlas por amor á la Humanidad. Bajo el positivismo se disci-

plinarán abnegadamente los individuos, las familias y los pueblos, obteniéndose que la religiosidad altruísta resplandezca en toda la tierra.

Si Condorcet y de Maistre son los pensadores que más directamente influyeron en las meditaciones de Augusto Comte, hay, sin embargo, en su labor suprema otro concurso más decisivo, de índole esencialmente moral y de una sublimidad extraordinaria. No se le ha apreciado, en general, porque ahora se acostumbra mirar las cosas por encima y raras veces se profundiza. Me refiero á la participación que tuvo Clotilde de Vaux en la formación de la doctrina normal. Tan efectiva é importante es, que Augusto Comte abrió su *Sistema de Política Positiva* con una ferviente dedicatoria á esa santa mujer y lo cerró con un solemne himno de gratitud á ella misma, documentos ambos que atestiguarán eternamente las bendiciones que merece su inseparable colaboradora en la fe altruísta. Objetivamente muerta estaba Clotilde cuando el Maestro comenzó á elaborar el libro de la Humanidad; pero el recuerdo de las virtudes de su amiga, y los nobles é indecibles afectos que le inspirara, elevaron su mente á regiones tan altas que pudo contemplar los verdaderos destinos de nuestra especie, revelárnoslos y alentarnos á proseguirlos. Son las emociones generosas las que dilatan y fortalecen el espíritu, y éstas, nadie sabe despertarlas como la mujer. Más feliz aún que el Dante que, gracias á Beatriz, escribió su inmortal poema, Augusto Comte dió al mundo, gracias Clotilde, la Religión Universal. Goethe, ya octogenario, declaraba en un raptó de sublime unción que la mujer será eternamente quien encieles las almas. Esa profunda verdad sobre el santo destino del sexo amante había sido consignada espontá-

neamente por la Edad Media en el tipo teológico de la Virgen Madre y es desenvuelta y sistematizada ahora por el Positivismo, que conserva dicho propio tipo, pero libre de lo sobrenatural y en forma de excelsa Utopía que guíe siempre el progreso y sea radiante símbolo, encarnación gloriosa de la Humanidad. Comprobó en sí mismo Augusto Comte el poder santificante de la mujer, al verse purificado y enaltecido, y con el corazón rebosando de infinita benevolencia, merced á su Clotilde. Y el hecho tan profundamente sentido le sugirió la ley correspondiente. El deber de la mujer, su digna misión, es perfeccionar al mundo en el altruismo. De providencia moral califica al sexo amante la Religión de la Humanidad.

La doctrina altruísta encontró dividido al mundo occidental entre los teologistas y los irreligiosos, y éstos tienden á desecharla porque es religión, y aquéllos porque elimina la teología. Mas, de uno y otro campo seguirán convirtiéndose los que se interesen de corazón por los destinos de nuestra especie. Y denodados marcharán tras el jefe infalible que nos lleva á la santa concordia universal, aunque ello pase medio inadvertido aún. De la popularidad actual no ha participado Augusto Comte, ni podía corresponderle en una época de anarquía mental y moral que él vino precisamente á cerrar, y en la cual han brillado muchas glorias falsas y efímeras. Pero la popularidad permanente que atraviesa los siglos enaltecándose cada vez más, ésa le está asegurada. En el más lejano porvenir se glorificará con más fervor todavía que nunca á Augusto Comte. Su tumba, el más santo lugar de la Tierra, será visitada piadosamente por peregrinos de todas las naciones que irán á buscar allí

las más sublimes inspiraciones religiosas. Ahora mismo, si la reputación de Augusto Comte es silenciosa, si su gloria apenas resplandece, no por eso deja de ser profunda la influencia que él ya ejerce. En diversas naciones está transformando almas con sus libros sagrados. Los nuevos creyentes se esfuerzan por practicar la Religión de la Humanidad y difundirla. El Maestro vive en ellos y los alienta. De ahí que en medio del indiferentismo general no desmayen y prosigan su labor con plena confianza en los felices destinos de nuestra especie. Cuando el ambiente escéptico, anárquico y pesimista, que oprime hoy á la sociedad y se infiltra por todas partes, llega hasta sus almas, se defienden del contagio con el recogimiento y la oración altruista. Eso los serena, los fortalece y les enciende la verdadera religiosidad que triunfa del odio con el amor, de la duda con la fe, de las desilusiones con la esperanza.

De necesidad indispensable es al mundo la Religión. Hace ya mucho tiempo que, en el fondo, ella es más nominal que real. Y vivificarla en su forma teológica es imposible. Sólo con el carácter positivo que le ha dado Augusto Comte puede servir en adelante la religión para moralizar al género humano. Si V., mi respetada señora, se persuadiera de esta gran verdad, no habría de quedarse paralizada como las almas tímidas y sin abnegación, que aunque vean lo que debe hacerse en las épocas solemnes de la evolución social, no se atreven á efectuarlo. Tiene V. demasiada energía y una profunda conciencia de la misión pública de las doctrinas para que dejara de servir por cima de todo miedo y obstáculo á la Religión de la Humanidad, una vez convertida á esta fe suprema. Nunca sería V. de los que se callan por falsos

escrúpulos, cuando es necesario predicar valientemente lo que más puede ennoblecer y santificar á nuestra especie. Y hay que ser inquebrantable en la sublime labor. Los obreros religiosos son los más altos guardianes del mundo. Á ellos les cumple velar por la armonía universal, oponiéndose á todo aquello que tienda á perturbarla y favoreciendo cuanto la promueva y afiance. Ante la deplorable situación actual del mundo, en que la guerra se cierne amenazante por todas partes, falseando la vitalidad moral y material de las naciones, preciso es que se confabulen santamente para hacer triunfar la Religión de la Humanidad todos los que anhelan por la felicidad de nuestra especie, y muy en particular los aptos para guiar almas y fortalecerlas en el altruismo. Que en vez de la maléfica guerra, sea la benéfica paz quien se cierna sobre el planeta, impulsando el trabajo fecundo que, basado en el amor universal, á nadie daña y favorece á todos. Y esto no es un sueño, sino una verdad sociológica, que será un hecho tanto más pronto cuanto mayor sea el número de los que tengan fe en ella y se esfuercen por realizarla. Todas las grandes cosas del orden social son precedidas por las aspiraciones é intentos de que se verifiquen, y como pueden ser muy aceleradas por el generoso empuje de los creyentes, podrían asimismo ser largamente retardadas por la fuerza de inercia y los estorbos de los incrédulos.

Puesto que tanto se abusa hoy de la imprenta con publicaciones malsanas que van á pervertir corazones, es indispensable contrarrestar ese fatal influjo con santos y vigorosos escritos. Digna tarea ésta de los dotados de verdadera fortaleza. Hagan ellos de su pluma un poderoso instrumento de moralización. Trasmítan, sólo, si es

posible, en sus escritos, los mejores momentos de sus almas: aquellos en que se reprenden á sí propios; aquellos en que anhelan por la virtud; aquellos en que calman con el altruismo las agitaciones egoístas que los conturban; aquellos en que se duelen del pesar ó en que se gozan de la alegría de los demás; aquellos en que recuerdan y veneran á los buenos de la Familia, de la Patria y del Mundo; aquellos en que perdonan magnánimamente las injurias; aquellos en que alcanzan á desear el bien para sus enemigos ó logran aún hacérselo; aquellos momentos, en fin, que son los más raros, pero los más sublimes, en que experimentan impulsos tan enérgicos y abnegados de servir á toda nuestra especie que darían gustosos la vida, anónimamente que fuera, por su felicidad y gloria. Los estados cerebrales del escritor se reproducen en los lectores. Por eso la impureza que pase por el alma no ha de salir nunca á la luz de la imprenta. Si el escritor no sabe reprimirse y lanza al público lo indebido, se convierte en un sembrador del mal. Las semillas contenidas en sus páginas infectas se desparraman, echan raíces y fructifican. No sólo los que leen, sino también los que conversan con los que leen, y por éstos, otros y otros se contaminan con el veneno de los escritos pútridos. Y todo ese fatal influjo parte del que está más obligado aún que la generalidad de los individuos á trabajar contra el mal y en favor del bien. Precisamente han de ser los escritores los más celosos maestros de virtud, á causa de la vasta acción que pueden ejercer á través de los países y de las generaciones.

Todas las fuerzas religiosas que se encuentran ahora esterilizadas en el teologismo debieran hacerse fecundas concentrándose en la fe altruista. Para los que deploran

el hondo escepticismo de nuestro tiempo, para todas las almas nobles, está abierta la vía gloriosa y salvadora de la Religión de la Humanidad. Con esta sublime doctrina reaparece enaltecida la cultura de los sentimientos generosos, hoy tan mirada en menos; pero no ya, por cierto, en forma teológica sino en forma sociológica, única compatible con la mentalidad que alcanzamos. Los que adhieran á la Religión de la Humanidad se ponen á la vanguardia de la civilización, como que se constituyen en defensores de la moral altruista objetivo supremo del verdadero progreso. Y en cuanto se convierta el sexo amante, cambiará por completo su abatida condición actual en que la bendita influencia afectiva que debe ejercer en el hombre y la veneración que ha de inspirarle, se hallan tan amortiguadas y casi perdidas á causa de la discordancia en las ideas. Entonces ya no podría el varón desatender por razones intelectuales la fe positiva de la mujer. Tendría que reconocer, forzado por la evidencia, el deber de acudir á la oración para perfeccionarse. Ella purifica el corazón y fomenta la benevolencia por efecto de las leyes propias de la naturaleza humana. Las funciones de nuestra alma se vigorizan funcionando. Verdad es que una acción altruista nos robustece moralmente más que una oración altruista. Pero el rezo positivista nos prepara á las buenas obras, porque los sentimientos que cultiva son precisamente los que nos llevan á hacer el bien. Ni deja de ser la oración altruista un verdadero acto social, aunque indirecto, como que es un esfuerzo de mejoramiento personal á fin de volverse más apto para servir á la Humanidad. Bien considerado, el rezo positivista es el único cimiento sólido de la educación. Cual santo ejercicio que nos alienta continuamente á la

virtud, debe acompañarnos la oración altruísta durante toda nuestra existencia.

Además de esta disciplina individual, de obligación tan indispensable para todas las almas, la doctrina positiva establece la necesidad sociológica del poder espiritual, cuya más alta función es hermanar á todos los pueblos en la Humanidad. Por cima de los gobiernos temporales que sólo pueden mantener dentro de sus respectivas nacionalidades el orden cívico, debe resplandecer el Jefe Supremo de la Iglesia Universal, que ayudado en todas partes por el sacerdocio altruísta, guarde la paz entre los diversos países, juzgue sus diferencias y promueva cada vez más la noble subordinación del patriotismo á los santos destinos religiosos de toda nuestra especie. El papado de la Edad Media, si se le contempla sociológicamente, fué un gran preludio espontáneo del régimen normal. Son los deberes y no los intereses, lo que puede armonizar al mundo. Comercialmente, las naciones tienden á predominar las unas sobre las otras; y de ahí que la política nunca sabrá hermanarlas, y sí sólo la Religión. Por su influjo ha de organizarse la sociocracia planetaria en que todas las Patrias trabajarán felices en cooperación universal.

En la alta estimación y el afecto entrañable que sentía Augusto Comte por España, á quien llamó el más enérgico y perseverante de todos los pueblos, estaba persuadido de que allí surgirían sus más fieles discípulos y los más grandes servidores de la doctrina altruísta. Y lo que muy particularmente admiraba en esa ilustre nación, era su elemento femenino que junta, á las más puras y relevantes prendas domésticas, tan vivo interés y hondo entusiasmo por la cosa pública. De entre las generosas y

valientes mujeres ibéricas creía que había de venir un poderoso auxilio á la Religión de la Humanidad. Y no sólo porque algunas de ellas la anunciarían con vehemencia apostólica, sino también porque adherirían las más fervorosamente. Representa V., mi respetada señora, á la mujer española, con gloriosa dignidad, cual poseedora que es de la más bella índole moral, de un profundo ardor social, de un vasto y sólido saber, de una extraordinaria amplitud y serenidad de mente y de una pluma incomparable. Con todo eso, puede servir V. santamente y en alto grado al género humano desde la fe positiva. Anhele que se decida á efectuarlo, muy ilustre señora: que revele V. la Religión de la Humanidad á las nobles españolas sus compatriotas; que las persuada con sus fervientes consejos; que las haga influir en la conversión de sus padres, de sus esposos, de sus hijos des-caminados en el negativismo; que convierta V. misma exhortándolos fuertemente, á varios de los esclarecidos varones de España, para que se pongan al servicio de la grandiosa doctrina con la que tanto pueden enaltecer á su Patria y al mundo entero; que su palabra circule radiante de unción no sólo por la península ibérica, sino también por toda la América Española, infundiendo convicciones tan sublimes como inquebrantables; que su santa y vigorosa elocuencia invada á París para concurrir á la regeneración definitiva de la gran ciudad por la cual se modelan todas las naciones; y que cuando llegue la hora solemne de su transformación personal de la vida objetiva á la vida subjetiva, experimente V. el inefable goce de haber trabajado de todo corazón y con todas sus fuerzas por la Religión Universal y pase á incorporarse, resplandeciendo con eterna aureola, en la Humanidad,

nuestro verdadero Sér Supremo, desde cuyo glorioso seno continuaría V. guiando almas con el inolvidable ejemplo de su abnegada labor y con sus virtuosos y magistrales escritos.

Quedo de V., mi respetada señora, su amigo y servidor obsecuente.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

(CALLE DE LA MONEDA, NÚM. 9)

(*) Nacido, en Valparaíso, el 28 de enero de 1852

Santiago, 2 de Arquímedes de 101 (27 de marzo de 1889)

(*) Es práctica aconsejada por la Religión de la Humanidad el firmar indicando la ciudad y fecha del nacimiento y el domicilio actual.

~~~~~